

—¡Ah, yo!—dijo Agustín.—¡Es verdad! Calló un momento, y luego, como siguiendo á un apuntador oculto:

—Sí,—añadió.—¡Tengo tantos motivos!... Tú no sabes los tropiezos de la vida... Tú, criada siempre entre cuatro paredes... Se sufre á veces mucho, pero mucho.

—¿Y eso?—preguntó Nieves queriendo echar á broma la cosa.

—¿Eso?—dijo él.—¿A qué preguntas si tú lo sabes mejor que yo, si has seguido paso á paso mis tristezas, si me has consolado en ellas infinidad de veces?

—¡Ah! murmuró ella, no sabiendo por donde escapar.—Pero yo creí que eso....

—¿Había concluido?—interrumpió Agustín.—Sí, casi.... Por un lado, concluido del todo. Pero queda algo, el vacío.... Mira, ahora te lo puedo contar todo; pasó el entusiasmo de la personalidad, y lo puedo ya decir sin alterarme.

Hablaban en voz baja, para no distraer á Antonio, que allá en el despacho continuaba la lectura de sus cartas, interrumpida á veces para dirigir miradas amorosas á su hija.

Agustín se echó de codos sobre la mesa, y bajando aún más la voz continuó:

—Yo no sé cómo vino aquello.... no te lo

puedo decir.... Lo trajeron quizás las circunstancias, el ardor de la sangre, y sin duda el aislamiento en que me encontré, sin otra mujer al lado, una mujer que me amase y me enloqueciera de amor....

Se interrumpió. ¡Ay Dios mío! ¡Qué cara, qué cara la de Nieves! Estaba roja, llena de fuego, de vida, mostrando en aquel chispear de ojos, algo que Agustín no había visto hasta entonces, algo que era como un desprecio y una lástima, á la vez, del ciego que no había reparado en lo que se le ofrecía fácil, y juntamente una petición de luz, mucha luz, para que advirtiera al fin lo que existía á su lado, lo que era potente y rebosaba hasta salir afuera, con la alegría feroz de un sentimiento reprimido, que al cabo puede expresarse.

## VIII

Para Agustín, aquella mirada fué una revelación. ¡Cuán claramente vió lo que hasta entonces, ciego, no había comprendido!

De repente, en el horizonte negro de su tristeza brillaba una luz, apartando nieblas, con torneando vigorosamente la figura de aquella mujer que era su salvación, y que era tam-

bién el amor satisfecho, aquella ansiedad que encontraba otra ansiedad con que fundirse y abrevarse.

Por un modo muy natural y muy repetido en la vida, se le fué representando todo el próceso de sus actos, en el desarrollo de su cuerpo y su espíritu unido al de la niña aquella, que fué en junto su hermana y su compañera constante, celosa sin que él lo supiera por su dicha.

Recordó los primeros años, aquellos años en que él, con sus derechos de mayor en edad y de tío, ¡nada menos que tío! guió los pasos de Nieves, y la meció queriendo hacerse el hombrecito, cuidando de ella como un padre formal.... Desde niña tuvo la mirada dulce, soñadora, mirada de víctima y de ángel bueno.... No se enfadaba nunca; era imposible, casi, hacerla llorar.... Siempre la sonrisa benévola en los labios, como aceptándolo y perdonándolo todo.

Después, se le aparecieron los cuadros de la adolescencia, cuando él empezaba á ver mundo y ella estaba á dos dedos de abandonar sus vestidos de niña.

¡Cuántas veces, impresionado Agustín por lo que había visto fuera, lleno de entusiasmo, iba á contarle á Nieves el trocito de mundo

que le había admirado tanto! Entonces las dos cabezas jóvenes empezaban sus fantaseos, dejándose llevar del vuelo alto y lujoso de la imaginación.

Después, él, más metido en el mundo, con otras ideas y otras aspiraciones que le caldeaban el cerebro, no se fijó más en la mujercita que tenía al lado; una mujercita hecha y derecha, ama de casa, orgullo de su abuela, entendida en toda la prosa útil y poco apreciada de la vida real. Parecía Nieves, su sobrina, una buena muchacha, muy buena y nada más.... Pero bien se acordaba de aquellos infinitos favores que él iba á pedirle, en un momento de compromiso.

—Mira, chica, el botón del guante que se me va á caer.... Si quisieras pegarlo.... El muellecito de la corbata que se ha descosido. Y tarareaba una canción, distraído, mirando á todos lados, sin parar mientes en aquella solicitud pacientísima, aquel trabajo lleno de encantos que denunciaba á la legua la mujer fuerte, Marta la hacendosa, la *mujer de su casa*.

En la primera volada de su juventud, Agustín hizo poca vida de familia. Sólo recordaba algunas tardes de lluvia, esas tardes fastidiosas, sobre todo en una capital de provincia,

en que el hastío parece infiltrarse en todo el ser y apoderarse de él.... También recordaba de otra tarde que fueron juntos, en tranvía, al vecino puerto, para espaciarse con la vista del mar, *emblema de lo infinito*, que dicen los poetas. ¡Qué bien se le dibujó el cuadro de aquella tarde! Fué á la entrada de la primavera última...

El día estaba precioso, convidando al paseo; un día de esos en que rompen mil flores su botón y se esparecen aromas sin cuento por el aire....

Salieron con Antonio que quiso complacer á su hija y buscar quizás algún alivio á sus penas....

A la ida no ocurrió nada de nuevo; estaba cierto de que nada ocurrió. Nieves, hecha una mujer, respirando aquella atmósfera de primavera, el aire libre, la brisa del mar que al pasar por los jardines se henchía de olores gratos, estaba guapísima. Había más dulzura en su cara, más bondad en sus ojos....

En el puerto corrieron mucho, esquivando los caballetes, las carretas llenas de fardos, el hierro de las grúas; queriendo enterarse de todo, bajando á la escollera hasta sentir la espuma de las olas que les salpicaba el rostro, deslizándose por entre un cargamento de vino

hasta la farola que se reflejaba ya en un mar hondo y al parecer sumiso que entraba mansamente por la boca de piedras de los muelles. Allí, en la farola, de pie sobre unos sillares grandes que estaban aguardando ser colocados como fin de la obra, miraron hácia el frente la llanura de agua que tomaba colores tan distintos, y que allá, en lo hondo, al final se desvanecía vagamente, fundiéndose con el azul sùcio del horizonte. Luego, como asustados de aquella inmensidad, miraron atrás, la tierra firme que comenzaba á pocos pasos, al rincón abrigado donde no había olas, repleto de buques de todas formas, de construcciones diversas, de naciones distintas: todo confuso, enmarañado con aquel cruzamiento de cuerdas, aquel chirriar de poleas, el humo que salía negro, espeso, produciendo una niebla oscura y sofocante; y en lo alto, las banderas que flotaban al viento, amarillas, rojas, verdes, tricolores, como manos vivas que saludasen á la patria lejana, que habían dejado llevadas del afán del Comercio.

Detrás de la confusión de palos, cuerdas y cascots, el fondo de tierra apenas se veía; tan solo hacia la izquierda el lejano verdor de los campos, y más adentro, la silueta de algún campanario de la ciudad, destacándose sobre

el horizonte encarnado por la puesta de sol... Cuando dejaron todo aquello, aturdidos por los mil ruidos del muelle, los olores fuertes y raros de las mercancías, de las comidas de á bordo y del vapor, hubieron de subir al imperial del *tranvía*, al aire libre, rozando las cabezas con las ramas de los árboles que forman la alameda entre el puerto y la ciudad.

¡Hermoso recuerdo! La noche que se venía encima á toda prisa, la luna que se levantaba á la derecha, sobre los montes violáceos, y el airecillo fresco, la brisa que allá arriba soplabá fuerte, desordenándoles el cabello... ¡Tanto placer que no supo aprovechar!

Ahora lo veía bien. Ahora veía aquella niña que había vivido por él siempre, ofreciéndose como la *mujer de la casa*, la que ha de ser buena esposa, casta, arreglada, y luego buena madre; contrastando con el enfebrecimiento de los sentidos, aquellas alegrías locas pero enervantes y efímeras de Irene. Agustín vió todo esto, describió el velo que le ocultaba la nueva vida, una vida que él no hubiera sospechado... y tuvo vergüenza. ¡Cómo le despreciaría Nieves! Cómo se había de reir y cuán poco creería en una confesión de amor salida de aquellos labios que solo le habían hablado

indiferentes, y que un día tuvieron la indiscreción de hablarle de otro amor!

## IX

Por unos días estuvieron retraídos el uno y el otro. Nieves tuvo miedo de haber expresado mucho en aquella mirada, en aquel gesto que se le escapó sin querer. Tuvo miedo de que Agustín la hubiese comprendido y la despreciase.

Por su parte, Agustín temía una repulsa, una carcajada ante su rápida conversión, ante aquel amor que nacía de pronto, como las ideas innatas que se manifiestan en la ocasión oportuna y entonces reconocemos que siempre las hemos ligado, instintivamente, á nuestros juicios. Por un movimiento natural, modificó su manera de vivir. Se hizo más casero, más formal, echando á un lado todas las melancolías...

Por fin, cierto día se atrevió. Les habían dejado solos cuando menos lo esperaban. Fue muy sencillo, muy breve; cosa de pocas palabras, las únicas que necesitaban para expresar lo que hondamente sentían.

—Mira, Nieves.... no te rias.... Es verdad, te juro que es verdad.... No lo digo en broma.

Y temblaba, presa de una agitación especial, pálido por la emoción.

—Yo te quiero Nieves, te quiero más que á mi vida.

Y luego, viendo en aquellos ojos azules humedecidos, en aquellas mejillas rojas, la contestación muda á su confesión, la cogió una mano y estrechandola vivamente, solo dijo:

—¡Gracias, gracias!

Se sintió más bueno.

.....

En toda su vida hablaron más de La-Hoya.

1885.



## LA MOSCA DE ORO <sup>(1)</sup>

Había rodado en los boulevares, sobre el embaldosado parisien, y alta, bella, de carne soberbia como una planta que crece entre estiercol, ven-gaba á los indigentes y desvalidos de quienes era hija.

ZOLA. (*Nana*, CAP. VII)

### I

No recuerdo exactamente si fué leyendo el folletín de *La Correspondencia* ó unos versos de Carulla; pero ello es que me dormí como diputado de amén en el Congreso.

Soñé muy variamente: aquellas diantre de

(1) Este artículo estaba destinado á formar parte de un libro titulado: *Mujeres de la novela contemporánea*, que por entonces proyectaba escribir el autor. Otros capítulos hay en *Mi primera campaña*.